

GALDÓS FRENTE AL MOVIMIENTO OBRERO. EL MOVIMIENTO OBRERO FRENTE A GALDÓS

GALDÓS AND LABOUR MOVEMENT. LABOUR MOVEMENT AND GALDÓS

Carolina Fernández Cordero *

RESUMEN

El paulatino desarrollo industrial, la urbanización de las ciudades y la libertad de asociación impulsaron la consolidación del movimiento obrero en España a finales del XIX. Al mismo tiempo, los intelectuales ya habían creado un campo cultural propio, que demostraba su emancipación económica e ideológica. Esta última les permitiría separarse de sus círculos burgueses originales para acercarse a la clase obrera, con quienes pronto buscarían alianzas.

En este contexto, Galdós empieza a hacerse eco cada vez con mayor intensidad de la nueva situación, hasta ubicarse junto al socialismo en 1912. Con el fin de aportar nuevas perspectivas al estudio de la ideología y del pensamiento político galdosianos, en este trabajo se propone el análisis de diferentes momentos en la vida del escritor en los que existe un posicionamiento ante distintos sucesos protagonizados por el movimiento obrero y viceversa.

PALABRAS CLAVE: Movimiento obrero, intelectuales, Socialismo, Anarquismo.

ABSTRACT

At the end of the nineteenth century, gradual industrial development, city urbanism and freedom of association drove to the consolidation of the Spanish labour movement. At the same time, intellectuals had created their own field of cultural production, showing their economic and ideological independence. The latter made possible for them to separate from their original bourgeois circles and approach working class, with which they will soon try to form an alliance.

In this context, Galdós started to reflect more and more this new situation, until he positioned next to socialism in 1912. To contribute to new ways in Galdós' ideology and politic thought studies, we will attempt to analyze several moments in the life of the writer, where we can notice the stance he took on various working class landmarks and vice versa.

KEYWORDS: Labour movement, intellectuals, Socialism, Anarchism.

El fin del XIX español demostraba cómo el Antiguo Régimen conseguía sobrevivir política e ideológicamente de forma parasitaria bajo una estructura «democrática» burguesa que dejaba paso a la economía capitalista. Entonces, mientras el «bloque de poder» (Tuñón de Lara: 1967, 24-42) seguía intentando resolver sus contradicciones, el nuevo orden económico impulsaba el desarrollo y organización de la clase obrera, cuyos intereses entraban irremediabilmente en conflicto con los del poder hegemónico. Tras años de clandestinidad, la libertad de asociación y su posterior ley, decretadas por el gobierno liberal de Sagasta en 1882 y 1887 respectivamente, permitían la entrada en el sistema a las organizaciones proletarias. Esta inclusión visibilizaría la relación dialéctica establecida entre ellas y el resto de las clases sociales del momento para convertirse en un nuevo lugar desde donde escribir la Historia, puesto que «lo que constituye a la sociedad y determina el curso histórico es el sistema de sus relaciones sociales: fuera de este sistema los hombres no son nada, en el interior del sistema su “hacer” depende de la posición ocupada en él» (Pereyra: 1984, 88).

Las diferentes opiniones y posturas de Galdós ante ciertos sucesos protagonizados por el movimiento obrero (y viceversa) responden a este modo de entender la Historia. Los años 80 supusieron un gran avance en términos de organización proletaria: fundación del Partido Socialista (1879) y la UGT (1888), huelgas y congresos obreros, aparición de la Mano Negra (de dudosa veracidad), pacto de ‘Unión y Solidaridad’ de las distintas asociaciones obreras en Barcelona (1886)... El movimiento obrero iba paulatinamente saliendo de la clandestinidad, a la vez que desataba la llamada cuestión

* Universidad Autónoma de Madrid.

social. A mediados de la década ya Galdós advertía de que las muestras de incomodidad entre los trabajadores podrían dar lugar a un conflicto:

Contrastando con las expresiones de estos días, hemos tenido en los que han precedido al Carnaval imponentes manifestaciones de obreros sin trabajo. No ha sido más que un ligero anuncio de los pavorosos problemas sociales; pero como síntoma del malestar creciente de las clases trabajadoras tiene gran importancia (Shoemaker: 1973, 141).

Puesto que: «El gran problema social que, según todos los síntomas, va a ser la gran batalla del siglo próximo, se anuncia en las postrimerías del actual, con chispazos, a cuya claridad se alcanza a ver la gravedad que extraña» (Pérez Galdós: 1924, 149).¹

Al mismo tiempo que esto ocurría, los intelectuales asistían a una doble evolución. Por un lado, abandonaban el mecenazgo para entrar en el mercado y adquirían un alto grado de autonomía que les permitía separarse de sus originales círculos burgueses para acercarse a otras clases sociales, como la obrera.² Por otro, entraban en un proceso de evolución ideológica por el que se irían convirtiendo en figuras de pensamiento y acción; lo que se ha llamado el «intelectual total» (Charle: 2000, 57). La suma de los dos factores acabó por impulsar una intermitente cohesión (no sin dificultades) manifestada mediante la adopción de estrategias colectivas, que sobre todo de modo individual les iban a ir dotando progresivamente de un mayor poder social. A partir del *affaire* Dreyfus en 1898, punto álgido de ese proceso, los intelectuales serían asociados con el compromiso político, o más concretamente, con la oposición al poder y a la hegemonía estatal. Tanto es así que se les empieza a definir como «miembros de una “clase” de pensadores o escritores casi siempre en oposición al orden sociopolítico establecido —o por lo menos al margen de él» (Fox: 1988, 14).

En España, el eco de este suceso ayudó a cerrar un proceso de tensión social que culmina con el Desastre del 98. Es en estos años y en los anteriores cuando Unamuno y Maeztu se declaran socialistas, Azorín simpatiza con el anarquismo (Blanco Aguinaga: 1978, 57-175), aparece el grupo Democracia Social y su revista *Germinal* (Pérez de la Dehesa: 1970b) y un Clarín hasta entonces implicado de manera intermitente en el tema, se incorpora al debate sobre las diferentes alternativas socialistas y anarquistas del momento (Lissourges: 1984). Se trata, por tanto, de una década en que la mayoría de los intelectuales muestran un interés relevante sobre una realidad a la que ya se estaba añadiendo el fenómeno del movimiento obrero. El caso de Galdós no fue distinto y desde el mismo año 90 se hace eco de la celebración del Primero de Mayo, momento de especial relevancia para la historia de la organización proletaria por ser el único en que las distintas agrupaciones (socialistas, anarquistas y sociedades gremiales) consiguen unirse.

Galdós, recién salido de su cargo como diputado con el gobierno de Sagasta y atento a la jornada tanto a nivel nacional como europeo, analiza los sucesos y elabora una crónica sobre el tema que, con la distancia de quince días, envía a *La Prensa* de Buenos Aires. Una crónica que supera lo meramente temporal para convertirse en una reflexión sobre las organizaciones obreras y, especialmente, sobre el socialismo. En este sentido, subraya al comienzo del texto que la jornada ha sido el evento del mes y la primera de las protestas socialistas (Shoemaker: 1973, 395). De ella valora muy positivamente que se desarrollara sin altercados ni importantes «ataques a la propiedad», y que los trabajadores no hubieran intentado «destruir los grandes establecimientos industriales a cuyo amparo viven» (396). La razón de ello es, según Galdós, que «los obreros, como obedeciendo a una hábil consigna, han comprendido que la bullanga y las colisiones sangrientas perjudicarían su causa y retrasarían el logro de sus aspiraciones» (396).

Una parte importante del artículo está dedicada al desarrollo de la jornada en Europa. Entre los distintos países destacan la huelga alemana, determinada por el parlamentarismo obrero, y la inglesa, que ocurrió sin ejercer ningún tipo de presión social ni enfrentamiento más allá de «ardientes discursos» en que «salieron a relucir las eternas quejas del obrero contra el patrón» (397). En cuanto a España, el conflicto es todavía de menor importancia ya que «el socialismo, por mucho que vociferan sus adeptos, no tiene ni tendrá durante algún tiempo entre nosotros las raíces que en Francia y Alemania» (398); más aún: «aquí, las luchas de clases no han de revestir nunca un carácter implacable y feroz» y «por fortuna hasta hoy prevalecen las ideas juiciosas entre los obreros, y son muy pocos los que creen en la posibilidad de cambiar radicalmente la constitución social y de renovar las actuales leyes de relación entre el capital y el trabajo» (398).

Parece que para Galdós ni la situación de España —por el momento— resulta alarmante ni las condiciones de vida se revelan tan extremas como para desatar un fuerte movimiento obrero. Ejemplo de ello sería la situación de los albañiles madrileños que «no deben estar muy descontentos de la actual organización del trabajo, porque sus manifestaciones han sido tibias y su cooperación al movimiento universal socialista más ha parecido obra de compromiso que de convencimiento» (399).

En realidad, todo el artículo se muestra como un intento por restar importancia a la tensión social que produjera la jornada y una oposición clara a los intereses de la clase obrera, entre la que, por cierto, desprecia totalmente a los anarquistas. Para Galdós, sus métodos suponían una barrera infranqueable; también la imposibilidad de encajar estas doctrinas en el sistema democrático burgués le llevaban a la siguiente clase de juicios sobre ellos:

Difícil será hoy por hoy, determinar qué casta de pájaros es esa, que se decora con el terrorífico nombre de *anarquista*. Quizás en otras naciones de Europa, el partido anarquista tendrá su dogma y sus principios, aunque estos consistan en la ausencia de todo instrumento de gobierno.

Pero en España, los que espantan a la gente con denominación tan espeluznante son sin duda individuos sin hábitos de trabajo, ávidos del desorden, como único terreno en que a ellos les es dado plantear el problema de la existencia (400).

El desconocimiento sobre el movimiento obrero reflejado por el autor a lo largo de todo el texto (no detecta ni se esfuerza por analizar la situación de explotación, ni la lucha de clases, ni el sentido de revolución, ni la concepción del Primero de Mayo como un ejercicio de tensión social encaminado a remover las estructuras) evidencian la ideología liberal de Galdós en ese momento. No obstante, esta actitud, que por lógica debería haber desembocado en rechazo, se convierte en un mayor interés por el fenómeno.

En el año 95 un Galdós mucho más informado y respetuoso con la clase obrera volverá a abordar el Primero de Mayo (Pérez Galdós: 1999, 213-217). Ahora el novelista da cuenta de la lucha de clases, de las desigualdades socioeconómicas y por primera vez define el presente en términos de explotación económico-laboral; también muestra un mayor conocimiento sobre el mensaje socialista y sus conceptos ideológicos elementales. Sin embargo, su solución no solo se aleja de estas propuestas sino que más bien se relaciona con las campañas de evangelización propias del sindicalismo católico, medios ideológicos de contención promovidos para evitar que el proletariado se separe del orden establecido. Galdós, entonces, propone «la resignación cristiana y el consuelo de la desigualdad externa por la igualdad interna» (216), una solución nada sorprendente si se tiene en cuenta su conexión con las corrientes espiritualistas del final de siglo y que es en ese 1895 cuando escribe *Nazarín*.

En este artículo, como se apuntaba anteriormente, se percibe una mayor reflexión sobre el movimiento obrero, el Primero de Mayo a punto de llegar, la cuestión social y el ambiente que se vivía en la España burguesa del momento. Un ambiente que, según repite de diferentes formas en el texto, es de miedo a que estalle el volcán de la lucha proletaria, sensación que, como recordará unos años más tarde en *Las tormentas del 48*, existió desde los comienzos de los socialismos:

Es la voz pavorosa del Socialismo, la nueva idea que viene pujante contra la propiedad, contra el monopolio, contra los privilegios de la riqueza, más irritantes que los de los blasones. Tiembla la presente oligarquía ante estos anuncios, y no sabiendo cómo defenderse, solo pide que esta vindicación la coja confesada (Pérez Galdós: 1985, 159).

En medio de esa idea que envuelve el escrito (lo abre y lo cierra), Galdós expone una serie de razones por las que el Primero de Mayo se considera como el volcán sobre el que se lleva a la praxis «el problema más grave del siglo, la cuestión social, la lucha entre el capital y el trabajo» (Pérez Galdós: 1999, 213): porque toda la población (incluidas las mujeres) se suma a la protesta; porque los obreros son conscientes de la fuerza que les da la unión; porque se trata de un movimiento internacional que no deja de ocupar las cabeceras de prensa de toda Europa; y porque ahora ya sabe que es contra la burguesía, su propia clase, convertida en tirana para los obreros, contra quienes estos se enfrentan (213-215).

Finalmente, en este texto, a diferencia del otro, antepone el suceso español frente al extranjero y prácticamente ni se detiene en la participación de los anarquistas (solo apunta en unas líneas el conflicto existente entre estos y los socialistas). En estos momentos ha pasado de condenarlos a obviarlos, postura no poco sintomática en unos años en que a estos se les consideraban fundamentales en la organización de las huelgas y no se les dejaban de atribuir importantes atentados como el del Liceo de Barcelona (7 de noviembre de 1893) o algo antes el del General Martínez Campos (24 de septiembre). A propósito del último les dedicaba estas palabras en otro artículo que escribió para *La Prensa* de Buenos Aires: «El anarquismo, si no fuera una bárbara y criminal secta, digna de los mayores castigos, merecería la represión por estúpida y necia» (Shoemaker: 1973, 485). La violencia no justificaba para Galdós en absoluto su objetivo revolucionario. Eran simplemente destructores: «Los anarquistas empuenden ciegamente su obra de barbarie, lo mismo contra las repúblicas que contra las monarquías. El programa es destruir, destruir siempre, con todo el ruido posible, y sin reparar si caen los culpables o los inocentes» (486).

Con estos precedentes no debería extrañar que ni siquiera cuando los intelectuales participaron colectivamente en defensa de ellos Galdós se pronunciara. Así ocurre en el caso de los atentados de la calle Cambios Nuevos (Barcelona) en 1896, por el que se detuvieron hasta 400 personas vinculadas con el anarquismo (los llamados «presos de Montjuich»), en un suceso que se convirtió en hito nacional e internacional y en el que el papel de los intelectuales fue definitivo para su absolución (ver Pérez de la Dehesa: 1970a).

Después se produjo el asesinato de Cánovas por el anarquista Angiolillo, llegó el año del Desastre, y en consecuencia un aumento del conflicto social que inauguraría el siglo XX con una huelga en Barcelona de más de 80.000 obreros (17 de febrero de 1901). El poder de las organizaciones aumentaba con el desarrollo capitalista; tanto fue así que el hecho de asociarse a principios de siglo era ya un fenómeno multitudinario. El movimiento obrero iba camino de consolidarse (Tuñón de Lara: 1972, 360), mientras que, paralelamente, los intelectuales como colectivo aumentaban su grado de compromiso socio-político. A esto Galdós contribuyó no poco con el estreno de *Electra*, con cuya protesta se produce el fenómeno inverso a los del Primero de Mayo analizados anteriormente: ahora las organizaciones obreras se posicionarán frente a un hecho en el que ni habían participado, ni lo entendían como prioridad.

Los obreros se unieron a la protesta que en las calles desencadenó el estreno e incluso llegaron a tener altercados con los neos y la policía (Hidalgo Fernández: 1985, 62 y Berenguer: 1988, 217-218). Sin embargo, las organizaciones no presentaron el mismo interés. Solo *El socialista* publicó una columna sobre el tema más de una semana después de dichos disturbios y sin haber visto la obra (8 de febrero de 1901, 1). En ella acusaban a los liberales de oportunistas y les reprochaban haber formado un escándalo que finalmente no produciría ningún cambio sustancial. Los socialistas, que se definían como críticos consolidados de los privilegios de la Iglesia, creían en la reforma y en la acción para que la protesta pudiera superar el mero conflicto inicial. Su discurso anticlerical propuesto presentaba dos de las ideas mediante las cuales Galdós irá conectando con ellos: la acción directa frente a la farsa liberal y el cambio a través de la educación.³

En otras provincias, como Sevilla, la prensa obrera sí siguió y apoyó el escándalo de *Electra*. El *Noticiero obrero*, órgano de la Asociación de Obreros del Arte de Imprimir y cercano al socialismo, llevó un seguimiento de la obra desde el 17 de marzo, que anuncia el estreno en Cariñena (Zaragoza) hasta la última reposición del mes de abril en Sevilla (Hidalgo Fernández: 1985, 74-77). El día después del estreno en dicha ciudad publica un artículo en que se muestra una opinión sobre la obra un tanto diferente a la anterior de *El Socialista*. Esta vez se destaca la acogida del público, que «aplaudió el canto a la libertad que es la obra y lo lleva hacia la causa de los trabajadores», acusando a los reaccionarios de culpables del atraso y la precariedad en España.⁴

A pesar de estas opiniones bienintencionadas, *Electra* no triunfó en Sevilla, ni se produjeron disturbios, ni tuvo la aceptación que se esperaba. Parte de culpa se le podría achacar a «lo exorbitante de los precios» de las entradas, que impedían el acceso al espectáculo a un público no burgués, como apunta otro artículo del 5 de abril del *Noticiero obrero* (Hidalgo Fernández: 1985, 107). Este dato evidencia que, aunque parte del movimiento obrero se sumó a su protesta, la obra ni estaba concebida para llegar a los trabajadores ni quería contar con ellos.

El éxito de *Electra* fue un impulso que rápidamente, como auguraba *El socialista*, se difuminó, aunque su efecto atemorizó al propio Galdós, que acabó por desmarcarse de los disturbios, según

cuenta Baroja en sus memorias (Baroja: 1949, 743). Por otro lado, ha sido considerado como el comienzo de una serie de protestas que a lo largo de esos años y hasta llegar a 1906 fueron uniendo (aunque fuera de manera momentánea) a los intelectuales como colectivo.⁵ Después se iniciaría el período de acercamiento progresivo por parte de los intelectuales a la política que culminaría con la Semana Trágica de Barcelona en 1909, momento a partir del cual comenzarían a militar por fin en los partidos (Aubert: 1993, 29).⁶

Aunque Galdós no participó en buena parte de esas protestas, sí que se sumó a las campañas contra Montero Ríos por haber llevado al General Weyler entre sus ministros (1905) y contra la llamada Ley de Jurisdicciones, impulsada por Unamuno y considerada el *J'accuse* español en 1906 (Alonso: 1985, 28-46 y 75-109).

A partir de 1907, los escritos de Galdós se centrarán en denunciar especialmente la corrupción de la oligarquía dominante y el excesivo poder de la Iglesia, en consonancia con la ideología republicana a quien se había unido oficialmente en marzo de ese año. Un mes después de la adhesión, vuelve a escribir sobre el Primero de Mayo (*España Nueva*, 6 de abril de 1907), aunque esta vez se tratará de un artículo mucho más breve que los anteriores; se podría calificar casi de pequeña reflexión sobre la lucha obrera del momento. Galdós, entonces, señala cómo el conflicto social se ha convertido en uno de los asuntos ineludibles de principios de siglo (se cumplían así sus augurios de anteriores décadas) y su visión de la clase trabajadora —a la que ahora llama «proletariado»— es de admiración. Subraya su capacidad de enfrentamiento y resistencia contra el poder que sustenta la minoría, así como su avance en «la inteligencia, la cultura y la organización, por las peticiones tumultuosas de igualdad circunstancial, precursoras del asalto a la igualdad posible» (Fuentes: 1982, 56). En el artículo retoma la línea de la entrevista de 1901 en *Le Siècle* (ver nota 3) sobre la educación de los obreros como una prioridad, pero esta vez les incita a que lo hagan por encima de sus patronos, cosa que, en realidad, favorecería la lucha de clases.⁷ Galdós reproduce el discurso de los socialistas en materia de educación, aunque con distinto fin. Los primeros buscan instruirse para poder llevar a cabo la revolución, el novelista porque cree que la educación traerá la igualdad de condiciones al sistema democrático burgués (en el cual nunca dejó de creer), punto de partida para emprender una reforma social orientada hacia la armonía social; ello sin necesidad de llevar a cabo una revolución, sino mediante las capacidades humanas. Una reforma más bien cercana a las propuestas por los socialistas románticos y, sobre todo, a Fourier, por la que gracias a un reparto justo del capital y el trabajo se llegaría al conjunto armónico de la sociedad.⁸

El decálogo de esos años se puede leer en el permiso que le pide al gobernador civil de Madrid para llevar a cabo la Romería cívica nacional el 5 de abril de 1909 (Fuentes: 1982, 75-76). Una jornada reivindicativa que recogería protestas por la libertad de expresión, la Ley de Jurisdicciones, el privilegio de la Iglesia, los poderes empresariales frente a un bien común como es el agua y para «exteriorizar, ejerciendo derechos constitucionales, los sentimientos de moralidad pública de dignidad colectiva que tiene el comercio, la industria, las clases trabajadoras, los contribuyentes, y en una palabra, el pueblo de Madrid» (75).

A finales de julio la tensión social terminaba por estallar en la Semana Trágica de Barcelona (Tuñón de Lara: 1972, 432-439) y el posterior fusilamiento de Ferrer. Ante esto la respuesta de Galdós resultó mucho menos crítica con respecto incluso a los métodos anarquistas que antes había censurado sin dudar: «Ya se ha visto la verdad de Barcelona. Total, varios tumultos y 40 conventos quemados. En buena hora sea. Ya les reedificarán las casas a las monjitas y frailecitos, todo volverá a ser lo que fue. Pero ha sido una lección, un primer aviso» (de la Nuez: 1993, 155).⁹

Tras conseguir la caída del gobierno de Maura, a finales de año se produce la unión de los republicanos y los socialistas, materializada políticamente en la Conjunción Republicano-Socialista, creada el fin único de frenar el ascenso de los conservadores, por un lado, y traer la II República por otro (Fuentes: 1982, 95-96, entre otras).

Estos años entre 1910 y 1912-1913 serán los de máximo acercamiento de Galdós al movimiento obrero y en los que el socialismo haga mayores aportaciones a su pensamiento político. El modelo del Partido Socialista y sobre todo Pablo Iglesias le abrirán una nueva vía para acabar con el orden del momento e implantar la República. Sin embargo, en muchos casos las diferencias ideológicas, relacionadas con la barrera de clase existente entre burguesía y proletariado, no dejarían de evidenciarse en las distintas opiniones, posturas, etc. adoptadas por ambos. Así, por ejemplo, en las elecciones del 8 de

mayo de 1910, que llevaron el socialismo al parlamento, lo que los socialistas interpretarían como una victoria obrera, para Galdós fue un triunfo de la democracia:

la conjunción de las ideas avanzadas ha podido abrir, al fin, las puertas del Parlamento al Partido Socialista. Ya no se dirá, en desdoro nuestro, que en las cortes españolas está excluida sistemáticamente la representación del proletariado. Con Pablo Iglesias entrará en el Congreso el espíritu de solidaridad internacional que labora por la dignidad y el bienestar de los trabajadores (Fuentes: 1982, 90).

Un mes después de estas elecciones, el Bachiller Corchuelo publicaba una larga entrevista en *Por esos mundos* (junio 1910, 791-807), en la que reproduce unas palabras demoledoras de Galdós sobre los republicanos y el caciquismo, la corrupción, etc. dentro del partido. Como solución propone lo siguiente:

Ha habido día que pensé meterme en casa y no ocuparme de política. Pero lo he pensado mejor. Voy a irme con Pablo Iglesias. Él y su partido son lo único serio, disciplinado, admirable, que hay en la España política (...). Ahora mismo estoy por renunciar a mi candidatura, publicar un manifiesto e irme con ellos... (806).

Es posible que se pueda calificar a Galdós de ingenuo, como hicieron incluso sus contemporáneos, pero parece que algo de sinceridad había en esta afirmación, al menos durante el tiempo en que participó en la Conjunción Republicano-Socialista, porque dos años más tarde, en otra entrevista, ya no solo insiste en el agotamiento del republicanismo como vía de cambio, sino que ve en el socialismo el único lugar por el que resquebrajar el sistema:

- Entonces, ¿qué predice usted para el porvenir?
- ¿Qué preveo? Que todo seguirá lo mismo. Que volverá Maura, y Canalejas, que los republicanos no podrán hacer lo que sinceramente desean, y que así seguiremos viviendo hasta...
- ¿Hasta cuándo, D. Benito?
- Hasta que del campo socialista sobrevengán acontecimientos hondos, imprevistos, extraordinarios.
- Entonces, ¿cree usted en el socialismo?
- Sí, sobre todo en la idea. Me parece sincera, sincerísima. Es la última palabra en la cuestión social.
- (...)
- ¡El socialismo! Por ahí es por donde llega la aurora (Olmét y Carraffa: 1912, 111).

Durante el tiempo en que forma parte de la Conjunción Republicano-Socialista, Galdós aprende y admira tanto a la clase obrera como la fuerza con que trabaja. El novelista, que «ni sabía lo que era por dentro el movimiento obrero, ni había visto la Casa del Pueblo» –según cuenta el socialista Juan José Morato (1977, 145)–, no deja de maravillarse cuando lo descubre:

Aquella actividad, aquella seriedad, aquellas secretarías llenas de hombres que dirigían y administraban colectividades, aquellas asambleas generales de tal o cual organismo en los salones, con discusiones bien ordenadas, aquella biblioteca en que trabajaba un puñado de obreros, le mostraban una sociedad mejor y, desde luego, la elevación de toda una clase consciente de su fuerza y de su responsabilidad.

(...)

Galdós no se cansaba de ver ni de preguntar; Galdós oía a Iglesias recogido, y alguna vez le habló de «hacerse socialista», de entrar en aquella admirable Casa del Pueblo, hogar de democracia, fábrica de voluntades y de hombres conscientes (Morato: 1977, 145).

Esto es lo que sorprendía a Galdós y echaba de menos del republicanismo burgués: la colectividad, la solidaridad y la seriedad en el trabajo. En cierto momento estuvo tan cerca de los socialistas –sobre todo de Pablo Iglesias–, que incluso llegó a escribir unas palabras para su órgano de prensa en el Pri-

mero de Mayo de 1911; sería su último artículo sobre el tema. El texto carece del lenguaje revolucionario socialista, pero si se compara con los anteriores, muestra un Galdós mucho más cercano al movimiento. Ahora ya ni condena, ni teme, ni recomienda; ahora el Primero de Mayo es un «risueño día que en el esplendor de la primavera parece simbolizar la esperanza de un sueño feliz» (*El Socialista*, 1 de mayo de 1911, 1). Destaca la solidaridad, la «confraternidad», si se siguen sus palabras, entre los obreros, quienes durante la jornada no solo se olvidan de su miseria, sino también se llenan de fuerza para trabajar en la idea de la «justicia y reparación social» de un futuro cada vez más cercano. Subraya el rigor y la fidelidad que invierten en su trabajo, cualidad que, como ya se apuntó anteriormente, valora frente a la corrupción y el choque de intereses de los republicanos.

A pesar de toda esta admiración y respeto mostrado hacia los socialistas, nunca se declaró ni se consideró uno de ellos. Su ideología, fiel a la clase social de la que procedía, se establecía como una frontera infranqueable, que acabaría por difuminar su ideal de armonía entre las clases sociales. A causa de los desencuentros constantes entre los miembros de la Conjunción, Galdós acabó por abandonar la coalición para unirse al Partido Reformista de Melquiades Álvarez, conciliador con la monarquía de Alfonso XIII.¹⁰ Si lo primero había alejado a Galdós del movimiento obrero, lo segundo bastó para que ellos posteriormente le dieran la espalda. Tanto fue así que en 1914, ante la petición de adhesión a la Junta Nacional para el homenaje del novelista, rechazaron no solo la participación económica, sino también su apoyo ideológico por considerarlo prácticamente un acto político monárquico:

Aunque lo quieran disfrazar de homenaje al maestro en literatura, y de homenaje nacional, este acto, en el fondo y en verdad no es más que el recibimiento oficial en la monarquía del hijo pródigo, y una repetición de la mentira de que la monarquía se ha democratizado.

No se quiere salvar de la pobreza al literato: se le quiere pagar la abdicación (*El Socialista*, 11 de abril de 1914, 1).¹¹

Sobre el evento también el anarquista Anselmo Lorenzo escribió unas palabras. Este increpaba a Galdós para que incluya entre sus *Episodios Nacionales* uno sobre la clase obrera (Botrel: 1977, 72) —idea que nunca llevó a cabo. Quizá porque Galdós, en realidad, se encontraba más lejos de los obreros de lo que pensaba. Él era un moralista, no un revolucionario; ni siquiera lo fue en los años del Sexenio, los de su revolución burguesa. Su condición y modos de vida le impedían aceptar los preceptos elementales de la lucha de la clase obrera. Sin embargo, no por ello dejó de detectar y ser consciente de la importancia de ciertos conceptos que ayudarían a formar una sociedad mejor, como los basados en el apoyo mutuo, la ayuda colectiva... la solidaridad. Ejemplo de ella dio a su muerte la multitud socialista convocada por la Casa del Pueblo de Madrid, la Federación Gráfica Española y las Juventudes Socialistas, al interponerse entre el cortejo oficial y la carroza que lo transportaba, en un gesto de acercamiento y recuperación del novelista para el pueblo (Heredia: 1970, 98-99). Así, al final de su existencia la colectividad obrera se reconciliaba con un Galdós que, según ellos mismos recordaban, «con la pluma y con el sentimiento estuvo del lado de los humildes» (*El Socialista*, 4 de enero de 1920, 1).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, C., *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985.
- AUBERT, P., "Intelectuales y cambio político", en José Luis García Delgado, *Los orígenes culturales de la II República, IX Coloquio de Historia Contemporánea dirigido por Tuñón de Lara*, México, Siglo XXI, 1993, pp. 25-99.
- BAROJA, P., *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949, tomo VII.
- BELTRÁN DE HEREDIA, P., "España en la muerte de Galdós", *Anales Galdosianos* V (1970), pp. 89-101.
- BERENGUER, A., *Los estrenos teatrales de Galdós en la crítica de su tiempo*, Madrid, Dirección General de Patrimonio Cultural de la Consejería de Cultura, 1988.
- BLANCO AGUINAGA, C., *Juventud del 98*, Barcelona, Crítica, 1978.
- BLANQUAT, J., "Au temps d'Electra. (Documents galdosiens)", *Bulletin Hispanique* 68 (1966), pp. 253-308.
- BOTREL, J. F., "Benito Pérez Galdós ¿escritor nacional?", *Actas del primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977, pp. 60-79.
- CELMA VALERO, M^a P., *La pluma ante el espejo*, Salamanca, Universidad, 1989.
- CHARLE, C., *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI, 2000.
- DE LA NUEZ CABALLERO, S., *El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodosia Gandarias desde Santander (1907-1915)*, Santander, Concejalía de Cultura, 1993.
- EL BACHILLER CORCHUELO, "Benito Pérez Galdós: confesiones de su vida y de su obra", *Por esos mundos* 185 (junio 1910), pp. 791-807.
- El Socialista*, "Electra", núm. 779 (8 de febrero de 1901), pp. 1 y 2.
- El Socialista* "El homenaje a Galdós. Cómo pensamos los socialistas", núm. 1.783 (11 de abril de 1914), p. 1.
- El Socialista* "Muerte de Galdós", núm. 3397 (4 de enero de 1920), p. 1.
- FOX, E. I., *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- FUENTES, V., *Galdós, demócrata y republicano*, La Laguna, Universidad, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1982.
- HIDALGO FERNÁNDEZ, F., *El estreno de Electra, de Pérez Galdós, en Sevilla: un estudio de socio-literatura*, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento, D. L., 1985.
- LISSOURGUES, Y., "El intelectual 'Clarín' frente al movimiento obrero (1890-1901)", en *Clarín y La Regenta en su tiempo: actas del Simposio Internacional*, Oviedo, Universidad, Servicio de Publicaciones, D. L. 1987, pp. 55-70.
- MORATO, J. J., *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres*, Barcelona, Ariel, 1968 (2ª ed.).
- OLMET, L. A. del y GARCÍA CARRAFFA, A., *Galdós*, Madrid, Impr. de Alrededor del Mundo, 1912.
- PEREYRA, C., *El sujeto de la Historia*, Madrid, Alianza, 1984.
- PÉREZ DE LA DEHESA, R., "Los escritores españoles ante el proceso de Montjuich", *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, El Colegio de México, 1970a, pp. 685-694.
- PÉREZ DE LA DEHESA, R., *El grupo "Germinal": una clave del 98*, Madrid, Taurus, 1970b.
- PÉREZ GALDÓS, B., "1º de mayo de 1911", *El Socialista* 1311 (1 de mayo de 1911), p. 1.
- PÉREZ GALDÓS, B., "La cuestión social", en *Cronicón*, ed. y prólogo de Alberto Ghirardo, Madrid, Renacimiento, 1924, pp. 147-156.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Las tormentas del 48*, Madrid, Alianza, 1985 (2ª ed.).
- PÉREZ GALDÓS, B., *Ensayos de crítica literaria*, ed. de Laureano Bonet, Barcelona, Península, 1999.
- SHOEMAKER, W., *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, Madrid, Cultura Hispánica, 1973.
- GÓMEZ MOLLEDA, M^a D., *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de los líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*, Salamanca, Universidad, 1980.
- TUÑÓN DE LARA, M., *Historia y realidad del poder*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1967.
- TUÑÓN DE LARA, M., *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972.

NOTAS

- ¹ Citas procedentes de una carta que Galdós envía a *La prensa* de Buenos Aires el 15 de febrero de 1895 (publicada el 21 de marzo) y que posteriormente incluiría Alberto Ghirardo en *Cronicón*, bajo el título “La cuestión social” (Pérez Galdós: 1924, 147-156). En la versión de Ghirardo se omitía un primer párrafo (el correspondiente a la primera cita) que fue rescatado posteriormente por William Shoemaker en su volumen *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires* (1973, 141).
- ² De ahí que incluso se atribuya el origen de la palabra al sintagma «obrero intelectual» (Celma Valero: 1989, 116).
- ³ En este sentido, resultan muy ilustrativas sus declaraciones del 25 de abril a *Le Siècle*: «L’ouvrier espagnol est sobre, intelligent. Il lui manque l’organisation. Il lui manque surtout l’instruction. L’instruction lui donnera tout. Et nous revenons ainsi à notre point de départ. Il faut créer en Espagne l’enseignement primaire, laïque, rationnel, réellement obligatoire. L’oeuvre scolaire, ce sera le baptême de la nouvelle vie» (Blanquat: 1966, 308).
- ⁴ Hidalgo Fernández, 1985 reproduce íntegro el artículo en 173-174; la cita es de la p. 173.
- ⁵ En 1901 protestan por la boda de Carlos Caserta con la princesa de Asturias y apoyan las huelgas de Barcelona; en 1903 se forma la Asamblea de la Unión Republicana, donde Blasco, Lerroux, Costa, etc. participan; en 1904 se unen contra el caso Nozaleda; y en 1905 algunos emprenden una campaña contra el homenaje a Echegaray y contra Montero Ríos (Alonso: 1985, 18).
- ⁶ En relación con este hecho, no puede dejar de tenerse en cuenta la actitud de un Partido Socialista que se empeña en romper relaciones con los intelectuales entre 1898 y 1909, momento en que comienza a buscar aliados para llegar al parlamento (Molleda: 1980, 63-83).
- ⁷ «Forzoso es que los obreros perfeccionen su instrucción, tomando la delantera a las clases patronales, que se duermen en la ventaja presente...» (Fuentes: 1982, 56).
- ⁸ La misma idea se puede leer en otros textos de esos años, como el del homenaje al Dos de Mayo (15 de marzo de 1908), donde recuerda que el éxito del suceso fue obra «de todas las clases sociales fundidas con maravillosa mezcla de jerarquías en el común tipo popular», o como el del mitin para la candidatura unitaria de la Conjunción Republicano-Socialista a finales de abril de 1910: «Hora es ya de que todos vivan, de que el trabajo sea fecundo para los de abajo como para los de arriba, de que el bienestar humano descienda, en la debida proporción, a la esfera de los humildes» (Fuentes: 1982, 58 y 89).
- ⁹ Carta privada de Galdós a su amante Teodosia Gandarias el 4 de agosto de 1909.
- ¹⁰ Su unión al Partido Reformista de Melquíades Álvarez, sin embargo, nada tendría que ver con la del Partido Republicano-Socialista en 1910, que en sus comienzos pretendía «una agitación vigorosa que, sin desatender la obra del Parlamento, lleve la mayor fuerza posible a la acción extraparlamentaria», es decir, a las calles. Ahora él mismo les advierte que será «sin acompañaros en la gestión directa de los asuntos públicos» (Fuentes: 1982, 119 y 113).
- ¹¹ Como detalle, recordar que Alfonso XIII encabezó el homenaje con 10.000 pesetas (Botrel: 1977, 64).